

Contra la razón de la fuerza

El Nacional, 1958-06-02.

Nadie le está empequeñeciendo a Aparicio la genial grandeza de don Miguel de Unamuno, que parece que se la han dejado en custodia a juzgar por el contenido emocional y grandilocuente de su artículo "Unamuno, la cuestión del vascuence y España", aparecido en *El Nacional* del 28 de abril.

Sólo le pido que para hablar del tema de la nacionalidad y la ruralidad de lo vasco, que él inició, se salga de debajo del capote de don Miguel, que no era político ni historiador, y enjuicie el problema a la luz de la verdad histórica y política; todo lo demás, la españolidad de Darío y Neruda, el "castellano lengua divina", la hispanidad imperialista disfrazada de un universalismo con pandereta y canto hondo, es literatura y costumbrismo.

En este artículo hace el escritor y poeta Antonio Aparicio unas alusiones a mi persona que quiero contestar en un simple párrafo: la "pobretona tradición del periodismo peninsular" que me achaca la he adquirido modestamente en Venezuela, donde comencé a escribir; no olvide Aparicio que fue él quien comenzó de forma inaudita e hiriente, no sé por qué oscuro desahogo; y la cita del *Quijote* que a él le parece tan retórica, la repetí con la misma intención con que la usó don Miguel mismo, no para significar lo que Aparicio toma con malicia, sino por destacar el hecho de que Cervantes diese al *vizcaíno* la identidad que le correspondía. Y nada más. No deseo recoger ninguna otra alusión despreciativa, porque viniendo de donde vienen y habiendo estado yo siempre tan a la vista de todos, venezolanos o no, cada quién sabrá, sobre él y sobre mí, a qué atenerse.

Ocurre que no podemos aceptar sensatamente, "de espaldas al raciocinio", el siguiente silogismo artificial que pretende Aparicio: "el vascuence, por su ineptitud, por su pobreza, se extingue", esto es de Unamuno; como el pueblo vasco no tiene cultura indígena propia y tiene que recurrir al castellano para culturizarse, la pretensión vasca de aspirar a un nacionalismo "carente de sentido histórico y siempre de sentido político" (lo suelta Aparicio como quien dice "nada en la mano, nada en la manga") constituye un movimiento absurdo y reaccionario.

No podemos aceptar el artificioso juego de palabras porque la premisa de valor absoluto que atribuye a las palabras de Unamuno es falsa; no uno, ni siquiera un ciento de hombres, por más celebrados que sean por la cultura castellana (porque los hay bien eminentes como Arturo Campión, Sabino de Arana y Goiri, Resurrección María de Azkue, Miguel de Barandiarán, Orixe, Mitxelena, Larramendi, Mendiburu, Ibinagabeitia, Areizaga y otros muchísimos que Antonio Aparicio, "con más precipitación que preparación" en la lengua e historia vascas, no conoce) no pueden

sustituir la conciencia que tienen un pueblo entero del valor de su cultura, de su razón política, y de sus derechos.

Hay, además de las excelentes obras de Unamuno, Baroja y Ortega y Gasset, una llamada "Las Nacionalidades",¹ del eminente político e historiador F. Pi y Margall, Ministro de Gobernación, y Presidente de la primera República Española (1873) quien tuvo el valor de defender la autonomía de Cuba (*El nuevo régimen*, 1890) y escribió el primer tomo de la *Historia General de América* (1878), figura republicana capaz y respetada si hay alguna, cuya "lectura o relectura" recomiendo mucho al que quiera enjuiciar serenamente *y con información histórica y política* el carácter de las nacionalidades y sus derechos en Europa, particularmente en España.

El lector sabe bien que los estados europeos "fueron casi en todos tiempos obra de la violencia", y Pi y Margall dice que seguirá acaso creyendo "que todo esto, si acontecía en los pasados tiempos, no sucede ya en los presentes; que más seguras las nociones de derecho, se respeta más la autonomía y la independencia de las naciones". Y no es así. Si hubiese ganado Alemania, desaparece Austria con el *Anschluss*. Y ganando Rusia han desaparecido del mapa político Letonia, Estonia y Lituania. Eso no quiere decir que esos pueblos hayan pedido para siempre su derecho a la libertad. ¿O es que la historia universal termina con la segunda guerra mundial, con Francia mandando en Argelia, e Inglaterra en Belice y Guayana?

Eso creían también algunos a la muerte de Felipe II. Entonces "se produjo una unidad, no por los medios racionales ni los más justos", y, añade Pi y Margall, "desgraciadamente, ya de muy temprano nos llevó la idea de la unidad a la tiranía" (pág. 218). "Sin embargo, en cuatro siglos no pudo el concepto unitario establecer para todos los pueblos de España un mismo régimen político".

"Después de incorporadas las provincias (vascas) a Castilla creará naturalmente el lector –dice el repúblico– que perdieron su autonomía. Estoy por decir que ocurrió lo contrario. En lo administrativo y lo político, las instituciones, lejos de menoscabarse, adquirieron fuerza, *y en realidad no empezaron las provincias del Norte a perder algo de su autonomía hasta el presente siglo*. Se la mermó *por primera vez* el año 1841, después de la sublevación de O'Donnell en la ciudad de Pamplona. Aquietadas entonces por segunda vez las provincias, *perdieron el pase foral, la administración de justicia y la libertad de comercio. Hubieron de consentir en el establecimiento de las aduanas en puertos y fronteras, el de juzgados de primera instancia en sus cabezas de partido, el de los jefes políticos y diputaciones de provincia en sus capitales. Recientemente, en el mismo año en que escribí este libro (1876), aunque no tanto como la pasada, le aniquilaron los fueros a las cuatro provincias: se les obligó hasta el pago de los tributos, incluso el de sangre* (reclutamiento para el ejército español) ¿Se está seguro de que no reivindiquen su autonomía?"

"Lo que nos ha traído la unidad tal como se la hizo, ya lo sabemos –añade en su obra Pi y Margall, como si estuviese contestando al periodista español de la unidad con su propio rasero–. Por habérsela hecho contra la tendencia y las tradiciones de nuestras provincias, nos han llevado al mayor desorden a que pudo venir nación alguna en el

¹ "Las Nacionalidades", F. Pi y Margall, Editorial Americalee, Buenos Aires. 19 y 6.

mundo: a la imposibilidad de constituir nada, *como no haya sido el despotismo, a vaivenes continuos y perpetua guerra, a la inmoralidad, al caos* (página 260).

¿Puede decir Antonio Aparicio con algún fundamento que esta historia está pasada de moda? ¿Que la pretensión de los pueblos, tanto el vasco como el catalán, a aspirar a la libertad que perdieron tan recientemente con los Borbones, comenzaron a recuperarla bajo el signo de la legalidad y la justicia de la República Española (supone volver a tener el derecho a la Universidad, que a los vascos les fué arrebatada; a desarrollar su cultura, su lengua, perseguidas como plagas), y que Franco volvió a pisotearla hasta en las inscripciones en lengua vasca de las lápidas en los cementerios, no tiene sentido histórico?

Y a la razón histórica, que no podemos sino asomarla en un artículo, añadamos el derecho natural, la razón de la voluntad de los pueblos para defender su patrimonio cultural, decidir su destino. Esta fuerza de la razón que tanto parece despreciar Aparicio, y sin embargo es la razón de todos los republicanos y demócratas españoles, será la única que prevalecerá en el mundo después que se queme la razón de la fuerza en la contienda política de hoy. Lo están diciendo con voz de hombre Irlanda, que consiguió en 1937 desamarrarse de diez siglos de dominación británica; Israel, Túnez, Indonesia, Marruecos, Etiopía, Libia y ahora Argelia, con su valerosa lucha contra las bayonetas de la cultura francesa, no menos brillante que la española, y lo dirán pronto definitivamente las Guayanas y Belice, como lo tuvieron que decir hasta con decreto de guerra a muerte Venezuela y los demás países de América.

Los vascos manifestaron esta voluntad en las desgraciadas guerras civiles, luego en la primera oportunidad que le ofreció la República Española para decidir por el Estatuto de Autonomía, cuyas cifras bien contundentes ya dimos en un artículo anterior,² y después con las cifras de los muertos (Gernika: 3.000 en 3 horas), los prisioneros, los torturados y los exilados (que tan honrosamente duelen al pueblo vasco) en la sangrienta guerra civil del 36 que provocaron los unitaristas, de la España Una y Grande.

Hasta los muertos (Galíndez se incorporó a ellos en el exilio) están reclamando la justicia de la libertad para los hombres y los pueblos del mundo. Sólo así, colaborando entre pueblos libres y tolerantes, podría conseguirse la sociedad sin fronteras con que sueña el hombre. Ni las culturas ni las lenguas ni la libertad individual son un obstáculo, sino una garantía.

² "Unamuno también dijo esto". El Nacional, 22 de abril 1958.